Apología — Robert Barclay — 273-274

ministerio abierto
extracto de la Proposición X § xxvi xxvii

§ xxvi. Tocante a la objeción que dice que tal parece yo no distingo entre ministro y pueblo, respondo: Si se trata de la libertad para hablar o profetizar por el Espíritu, yo afirmo que todos pueden hacerlo cuando son movidos a hacerlo, cosa que ya se demostró. Sin embargo, nosotros sí creemos y afirmamos que algunos son llamados más específicamente a la obra del ministerio, y por lo tanto son capacitados por el Señor para este propósito aquellos que son responsables de enseñar, exhortar, amonestar, supervisar y cuidar a sus hermanos. Puesto que se espera más de ellos en este respecto que del creyente común, también se les debe esa obediencia y sumisión del rebaño según estos testimonios en las Escrituras: Hebreos 13:17; I Tesalonicenses 5:12-13; I Timoteo 5:17; I Pedro 5:5.

Además de estas personas específicamente llamadas al ministerio y a la labor constante en la Palabra y la doctrina, también hay ancianos, que quizás no sean movidos al testimonio frecuente por medio de declaración en palabras, sino que son maduros en la experiencia de la bendita obra de la verdad en el corazón. Ellos supervisan y amonestan a los jóvenes en privado, cuidan a las viudas, los pobres, y los huérfanos, y aseguran que nada falte para que la paz, el amor, la unión, la armonía, y el buen sentido se preserven en la Iglesia de Cristo. Esto corresponde a los diáconos mencionados en Hechos 6.

Sí nos oponemos a la distinción entre laicos y clérigos que no se encuentra en la Escritura. Esta distinción requiere que nadie sea admitido a la obra del ministerio excepto los que se educan en las escuelas para este propósito y han estudiado lógica, filosofía, etc. Tienen que hacer su aprendizaje para adquirir el arte y oficio de la

predicación, igual que cualquiera aprende cualquier otro oficio. Por este medio todos los demás trabajadores honestos quedan excluidos de este privilegio. Alguien que ha estudiado para ser letrado, si quiere ser ministro, no puede buscarse un oficio honesto para ganarse el pan. Por el contrario tiene que arreglárselas para conseguirse un puesto en el cual tendrá un sueldo fijo para sostenerse. También tiene que distinguirse de los demás por el color de su vestimenta; debe vestirse sólo de negro, y debe tener su título de Maestría. Hablaré más de esto después.

§ xxvii. Esta manera de separar a los hombres para el ministerio es muy diferente de lo que la iglesia hacía en los días de los apóstoles, y ha causado grandes males. Los padres que ven el honor y las ganancias que vienen a los clérigos a veces designan a sus hijos para el sacerdocio desde la infancia y los crían con este propósito. Otros entran a la misma ocupación ya de adultos por las mismas razones. Cuando tengan estas artes naturales y adquiridas que se consideran requisitos necesarios, entonces son admitidos al ministerio. De esta manera se acostumbran al ocio y al placer, y piensan que sería deshonroso trabajar con las manos. Sólo tienen que sacar un poco de sus libros para elaborar un sermón de una hora una o dos veces a la semana. Se desatiende por completo el Don, la Gracia y el Espíritu de Dios que llama a alguien al ministerio y le da el don y las calificaciones.

Se entrometen muchos hombres avariciosos, corruptos, mundanales, y carnales, hombres que sólo tienen la apariencia externa, pero son ajenos e ignorantes de la obra interior de la gracia en el corazón. Por medio de ellos han entrado la muerte, la esterilidad, la sequedad,* y las tinieblas, y como consecuencia la superstición, el error, y la idolatría han corrompido la iglesia. Los que examinen el asunto con esmero descubrirán que esto fue la causa de la apostasía; yo podría dar muchos ejemplos de esta verdad, pero los omito por brevedad. De esta manera tanto el oficio,

como la reverencia y respecto que le es debido, fueron adheridos al mero título; una vez que un hombre era ordenado como obispo o sacerdote entonces se le escuchaba y se le creía, aunque no tuviera nada del Espíritu, Poder, y Vida que los verdaderos apóstoles y ministros tenían. Dentro de poco la sucesión llegó a basarse en el nombre y el título; el oficio se basaba en esas cosas y no en la naturaleza, el poder y la vida. En efecto, esto causó que dejaran de ser ministros de Cristo, para ser sólo una sombra, una imagen vana del ministerio.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition X § xxvi, xxvii (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 273-275; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 207-208.